

Capítulo XVI

Donde el Cóndor Vuela Libre

Regresé a los Estados Unidos. Al día siguiente estaba en el hospital como si nada hubiera sucedido, mi cuerpo aún sentía el calor del Amazonas. Desayuné en el comedor de médicos del hospital. Todos me saludaban “¡hola, Carlos!, ¿dónde has estado?”. Y simplemente respondía: “En el Amazonas” Ellos pensarían que yo había estado en un crucero de lujo, a pesar de que algunos sabían que yo iba a menudo en viajes de misiones médicas. Rápidamente mi vida se ajustaba a los rigores de la competencia y a las recientes imposiciones burocráticas de llevar mi labor médica. Los días eran rutinarios, mi consultorio estaba ocupadísimo, mi trabajo era arduo. Aunque yo tenía de todo en este país, ya estaba mirando adelante para regresar a la selva o a los Andes.

Como si fuera un ritual, empecé a hacer misiones médicas con más frecuencia, a veces dos viajes por año o tantas veces como podía ausentarme de mi centro médico, y si mis finanzas me lo permitían. Decidí ir al Cuzco, para ayudar, al lugar del nacimiento de

mi madre, Andahuaylillas, situado a pocas millas al sur de la que fue capital incaica y un poblado andino que he descrito al inicio de esta narración.

Llegué a Lima, luego viajé al Cuzco tal como lo hacía usualmente: con mi mochila, simple vestimenta, mi pipa, una armónica, y además, mi estetoscopio, otoscopio y algunas medicinas. Me dirigí al jefe regional de salud del Cuzco, para solicitar permiso y realizar trabajo médico, debido a que no tenía licencia para practicar Medicina en el Perú. Ingresé al patio del antiguo hospital donde la gente hacía arreglos fúnebres, como parte de las actividades de hospitalización. Pedí ver al director, que estaba muy ocupado, y que obviamente no quería verme debido a la inesperada solicitud para trabajar en una pequeña ciudad, y sin pago. ¡Se suponía que se trataba de un médico americano! Él pensó, posiblemente que yo era otro agente funerario y que sólo perdería su tiempo conmigo. Pero, yo insistí con su secretaria y finalmente entré a su oficina.

En este país como en otros, algunos médicos en altas posiciones, a veces son dictatoriales y difíciles de convencer. Quizás, por ahorrar tiempo, él dictó una carta manifestando que “me otorgaba permiso para realizar trabajos médicos en Andahuaylillas”. Creo que le sorprendió que le pidiera permiso, porque yo podía haberlo hecho por mi propia cuenta, sin solicitar autorización a nadie, pero mi “mentalidad legal” de los frívolos juicios médicos en los Estados Unidos, hacía que tomara precauciones. No podía arriesgarme a ninguna ilegalidad, más aun en un lugar tan remoto como Andahuaylillas, que no tenía un médico. Feliz y contento, tomé el papel sellado y firmado, al igual como cuando recibí mi carta de aceptación a la escuela de Medicina.

Fui a visitar a algunos parientes por mi lado materno. Les expliqué las razones de mi inesperada presencia y ellos se quedaron

perplejos por la naturaleza de mi viaje. Se rascaban la cabeza en su incredulidad: ¡Ir a ayudar a la gente! Ellos pensaban que yo no estaba en mi “uso de razón” y cuestionaban mis motivos. Pensaban que “si yo era un médico americano, debía estar derrochando mis dólares en el lujoso hotel de turistas en el Cuzco”. Era obvio, no había ánimo en este proyecto mío, especialmente ahora que las festividades del Año Nuevo estaban tan cerca. Incluso los hospitales, lentamente admitían nuevos pacientes; y mayormente los convalecientes eran dados de alta lo más antes posible.

Fui solo a Andahuaylillas en un camión lleno de gente que llevaba sus aves, ovejas y otros animales. Hice amistad con todos los pasajeros como lo hacía usualmente y les gustó el olor del tabaco de mi pipa, que fumaba a propósito, para aromatizar el ambiente.

Bajé del camión en Andahuaylillas, un lugar que latía profundamente en mi corazón. *¡Un sentimiento del pasado vino a mi ser, sentía como si hubiese estado allí toda mi vida, y una terrible sensación de nostalgia me golpeaba. Mi alma no se sentía tan feliz como en la selva. Los Andes me hacían consciente de mi pasado. En estos históricos lugares, uno siempre siente esa interminable e indescriptible melancolía, que solamente al término de nuestra vida puede uno olvidar! ¡Mi corazón gemía como la triste música andina del huayno, y sangraba como el llorar de un yaraví! Esta es la tierra donde el cóndor vuela tan libre como las nubes y donde el vacío del cielo se llena con sus anchas alas, deslizándose —incesantemente— desde las cumbres hasta los valles, como si desafiara al tormentoso pasado de esta gente y su tierra. Solamente él se ha salvado de la tiranía y el despotismo, y sólo él sabe que nada ha cambiado en estos lugares.*

Este pueblo, estaba tal como yo lo había dejado años atrás: La antigua iglesia de adobe, la vieja pileta de agua en el centro de la

plaza, la casa de dos pisos de los Ballena, con sus viejos y despintados murales españoles. Todo estaba como entonces, hasta los mismos viejos árboles. *¡Solamente yo había cambiado!*

Visité a algunos parientes, a quienes conocí cuando éramos pequeños, y ellos me llevaron a la posta sanitaria, dudosos de mis intenciones, pero deseosos de ayudarme. La posta médica era el único lugar donde la gente podía ir para el cuidado de sus enfermedades. Estaba atendida por un señor de edad, quien aunque técnicamente enfermero, era para todos, el doctor.

Me presenté a este enfermero, como médico peruano-americano, que deseaba ayudar y le mostré la carta de recomendación del Cuzco, mis diplomas y mi licencia médica de los Estados Unidos. Él se mostró escéptico, pero aceptó mi explicación y me mostró la clínica. El lugar era una casa de un piso hecho de adobe, tenía suelo de tierra y la sala de espera al aire libre. En el cuarto de exámenes habían algunos medicamentos esparcidos y viejos instrumentos quirúrgicos sin ningún propósito especial y quizás sólo para impresionar a los pacientes. El señor enfermero parecía dedicado a su trabajo; la gente venía a verlo desde distantes lugares, bien a pie o por otros medios. Los trataba de acuerdo a su criterio y los instruía a dónde ir si los pacientes tenían algo grave. Sabía la forma en que se practicaba la Medicina en esos lugares.

Eran vísperas del Año Nuevo, pero le sugerí al enfermero: ¡Empecemos a trabajar!, “avise a la gente que venga a vernos y aún mejor, iremos a ver a los que están enfermos en casa”. Asombrado, porque él mismo estaba preparándose para celebrar la fiesta del Año Nuevo, me dijo que “no habían pacientes que tratar”. Sin embargo, me dio a conocer que él sabía de unos mellizos que habían sido dados de alta del hospital pocos días antes, pero que se

habían enfermado de nuevo con diarrea y estaban extremadamente deshidratados y probablemente iban a morir. El hospital estaba a varias millas por carro y con las festividades era difícil obtener transporte.

Inmediatamente le pedí que me acompañara y fuimos a ver a aquellos niños. Entramos a una choza construida en el patio de una casa grande. El pequeño cuarto con piso de tierra, servía de cocina y dormitorio. En la semioscuridad de esta vivienda vi a dos infantes, moderadamente deshidratados que yacían en sus lechos en un charco de excrementos aguados, sus pequeños brazos aún mostrando las marcas de previas agujas intravenosas. Los padres, una humilde pareja joven, estaban prestos a aceptar cualquiera que fuera la suerte de los niños mellizos, e incluso, lo inesperado.

Inmediatamente, le pedí al enfermero “si podía” llevarlos a su posta médica y tratarlos. Él respondió que no era lo usual y de nada serviría. No tenía agujas o soluciones intravenosas para niños. Le dije: “Lo que tenga trataremos de usar”. Recogimos a los pequeños pacientes en nuestros brazos. La tarde se acercaba con un frío que se sentía en nuestros huesos, mientras que apresuradamente nos dirigíamos a la vacía estación sanitaria. Encendimos algunas velas y empecé a buscar material hipodérmico y soluciones. Por suerte, encontré algunas agujas grandes para adultos y soluciones de “salina normal” y “Ringers Lactato” que aún estaban selladas, pero habían sólo dos botellas. Aquí no habían laboratorios para ordenar electrolitos u otros estudios. Estos niños mostraban un cuadro de ocho a diez por ciento de deshidratación y cualquier fluido les haría bien.

¡Es increíble, a veces, en pediatría la vida de un infante depende de un simple procedimiento, tal como poner una aguja en una vena



Los mellizos fueron coronados con las agujas introducidas en las débiles venas de sus pequeños cráneos.

tan delgada como el grosor de un cabello! Como todo pediatra, yo era bueno en esto. Usando la luz de los candiles, pude insertar las agujas intravenosas en las débiles pero gruesas venas de sus cabezas, que previamente les había rapado para una mejor visión. *¡Es así, como ellos fueron coronados con las agujas de la vida, insertadas en las imperceptibles venas de sus pequeños cráneos!* Sus llantos de miseria y la atmósfera del lugar, dejaban mi espíritu triste, pero mi alma se sentía feliz porque estaba haciendo algo que quería hacer y esperaba salvar a estos mellizos. Las horas previas del Año Nuevo y la noche entera, me amanecí chequeando que las agujas no se salieran de las venas y celoso de que esto no pasara, *¡como si mi propia vida dependiera del flujo de las soluciones!* Horas después, las demacradas caras de los niños empezaron a tomar color; sus bocas secas, a hu-

medecerse, sus nublados ojos sin lágrimas, a llorar y brillar como el fulgor de las piedras de ámbar y sus hundidas fosas orbitales a llenarse. Sus moribundos quejidos dejaron de ser como los de los gatos y ahora sus gritos se escuchaban como rugidos de pequeños jaguares.

La mañana empezó a deshacerse de su frío y los dorados rayos iluminaban el polvoriento y oscuro cuarto, gracias al dios de los Incas; el Sol. Mis ojos estaban cansados, mi cuerpo agobiado, pero mis temores empezaron a desaparecer. Podía ver el éxito de tan simple procedimiento, como el insertar una aguja hipodérmica y darles el líquido de la vida que podría hacer milagros. Al tiempo en que la gente se dirigía a sus camas después de las fiestas, yo ya estaba listo para alimentar a los niños y llevarlos a su casa, donde la leche de su madre haría la maravilla de la naturaleza y daría vida a estos pequeños para que sobrevivieran, quién sabe, quizás, para sufrir las mismas injusticias de sus padres.

La noticia se difundió por toda la ciudad y fui invitado a un banquete de “cuyes” preparado por la madre de los mellizos. El padre de los niños me pidió que fuera el padrino de bautizo de los dos. Los mellizos recibieron los sacramentos en la antigua iglesia, donde muchos de mis antepasados, probablemente, también fueron bautizados. La iglesia, grande y llena de pinturas, es considerada por ellos como la Capilla Sixtina de América. Como padrino, y como es costumbre, una vez afuera de la iglesia, tiraba monedas que los niños recogían tan rápido como yo las echaba al aire. *¡Éste fue el día más glorioso! ¡Y el más gratificante momento de mi vida profesional! Fue éste el momento de “la coronación de mi profesión”. El salvar esas vidas valió todo el precio de mi tenacidad para llegar a ser médico.*

El alcalde de la ciudad me nombró “alcalde honorario” y con todo el protocolo del cabildo, recibí el agradecimiento de todos los vecinos del pueblo por mi asistencia. En mi euforia, prometí más ayuda, pero pocos sabían que yo estaba lleno de deseos, pero corto de medios. Estas misiones humanitarias requieren dinero y toman bastante trabajo en prepararlas. A pesar de que yo he tratado de hablar a organizaciones o personas, solicitando ayuda para estas misiones; raramente he conseguido apoyo financiero. Sólo he usado mis propios fondos, que nunca serán suficientes. Llegó el día de decir adiós. Doné a la posta médica mi estetoscopio, otoscopio y otras reliquias de mis días de estudiante de Medicina. Estaba satisfecho de haber enseñado al señor enfermero conocimientos de Medicina, especialmente pediatría. “Profesionalmente” él aceptaba mis consejos mientras trabajábamos los días siguientes viendo pacientes.

Dejé Andahuaylillas, y como siempre, con grandes esperanzas de regresar con más ayuda. Mientras volaba del Cuzco a Lima y luego para Los Angeles, mi mente vagaba en reminiscencias, recordando mis aventuras en el campo de la Medicina y mi insignificante contribución, que me desconcertaba, y que en cierto modo me avergonzaba por el poco impacto que hacía.

De regreso a San Diego, trataba de trabajar con la nueva burocracia y pacientes más demandantes. La Medicina estaba siendo erosionada por la confrontación legal, y aunque yo no estaba involucrado en litigios, estaba en un ambiente no muy llevadero.

Cuando comencé a trabajar en mi consultorio, pensé: ¿Qué habría pasado si esos dos niños hubieran muerto, mientras estaban bajo mi cuidado? ¿Qué habría sucedido? ¿Habría entendido la gente, mi error en ayudar en estas circunstancias tan difíciles, o apre-

ciado mis esfuerzos? Aún ahora tiemblo al pensar de las posibles consecuencias, porque había mucha gente celebrando lo que hice. Estoy seguro que en los Estados Unidos, probablemente yo habría sido cuestionado y posiblemente considerado responsable, si algo catastrófico hubiera sucedido, y quizás, con “justa razón”, ya que yo no tenía una “real razón” de estar allí, y pocos entenderían mi “única razón”: la de ayudar. La mentalidad legal aquí en los Estados Unidos me acecha continuamente, pero —por el momento— la gente en el Tercer Mundo esta agradecida a pesar de los posibles resultados. Ellos saben que uno trata de hacer lo mejor.

Tal como me lo imaginaba y temía, cinco meses más tarde, cuando yo ya había olvidado todos esos sucesos, recibí una carta de Andahuaylillas, que enviaba el mismo enfermero que trabajó conmigo ayudando a la gente y salvando la vida de aquellos mellizos. Sus comentarios eran increíbles. ¡No lo podía creer! Casi destruí la carta pensando que no podía ser real. Él denunciaba que yo era un médico impostor. Me cobraba ocho mil soles, en moneda peruana, por las agujas, las soluciones intravenosas y otras cosas que había usado en su enfermería. También me acusaba de haberle robado los mismos instrumentos que había dejado anteriormente como un presente a la posta médica, tales como el pantoscopio, que era muy caro allá y del cual sentía haberme separado, porque era recuerdo de mis días de estudiante en la escuela de Medicina.

Obviamente, estas acusaciones eran falsas. El monto de dinero que él estaba solicitando no era muy alto, cuarenta o cincuenta dólares, pero sus pensamientos mal intencionados me impresionaron y representaban la crueldad de lo que algunas gentes son capaces. Acciones como ésta crean desconfianza. Es así cuando casi me congelé de miedo y me di cuenta “¿qué habría pasado si los mellizos hubiesen muerto?”. La



El curarlos fue en vano; quizá hice más daño en prolongar sus miserias.

carta de este hombre podría haber sido más intimidante. Aún ahora, mi alma algunas veces, se oscurece con los hechos negativos de algunos de mis compatriotas y creo que este tipo de actitud, muy prevaleciente, en mi país de nacimiento es casi insoluble: “ la capacidad de la gente de hacer el mal el uno al otro, y en diferentes formas”.

Recibí noticias de mi familia en Lima, que los padres y los mellizos habían ido a casa a pedir ayuda. Mi familia los ayudaron y yo también envié dinero. El padre de los niños no encontró trabajo en Lima y regresó a Andahuaylillas. Meses más tarde, recibí dudo-

sas noticias de que los mellizos habían fallecido, probablemente del mismo mal del cual los curé. Quedé muy consternado. Sentía que pude haber hecho mucho más por ellos, pero era dificultoso debido a la distancia, a la falta de comunicaciones y esto sucedió cuando no había modo de ayudarlos. *¡La acción de curarlos fue en vano; quizás hice más daño al prolongar sus miserias. Sus pequeños e inocentes rostros están aún en mi mente y siempre los recordaré. Estoy seguro que ahora ellos son mis ángeles guardianes y quizás agradecidos porque prolongué sus vidas, al menos para gozar un día más de este gran paraíso, la Tierra!*

La rutina de mi labor médica es llevadera sólo por sus fines humanitarios y también porque estoy haciendo algo que he estudiado con tanto sacrificio para obtenerlo y porque me gusta la Medicina caritativa. Percibo el conflicto social de la gente que tiene que hacer trabajos manuales o repetitivos, con remuneración mínima y con jefes que actúan como dictadores, y tan sólo para sobrevivir. Años de una existencia así deben ser intolerables. A menudo me imagino ¿qué sería de mí? si en los últimos cuarenta años, yo hubiera estado lavando platos o trabajando en el campo, sin posibilidad de mejorar mi futuro. Este pensamiento en sí me asusta. Para la mayor parte de la gente en los países del Tercer Mundo, este modo de vivir es parte de su existencia, y la gente da gracias de conseguir cualquier trabajo con tal que pueda alimentar a sus familias. En los Estados Unidos tratamos de conseguir trabajos que recompensen nuestro bienestar psicológico y si lo encontramos, buscamos por más acrecentamiento moral en nuestras vidas *¡pero no todo el mundo tiene esa suerte!*